

SEGUNDA PARTE

EL TERRIBLE GAULOW

YMI 2000 111111

CAPITULO PRIMERO

APARECE POR PRIMERA VEZ EL SEÑOR KASBECK

Oh! Aquel día sí que podían hacer cuanto se les antojaba los alojados en el hotel de los Extranjeros. ¡Cualquiera se ocupaba de ellos! Y pudieron darse cuenta del insignificante papel que representaban en la baraúnda de regocijos nupciales. Les empujaban y empujaban. Pero ni tan sólo mirábanlos... La gente de Karabaja pensaría que eran unos viajeros como tantos otros que habían pasado por el torreón y que un buen día desaparecerían...

Habían llegado de nuevo al deslunado en el momento en que la música oficial acababa sus endiabladas armonías y en que todos se precipitaban tras un grupo de jinetes que rodeaban al Kaimakan, a Stefo el Dálmata y a un nuevo personaje en quien Rouletabille pudo conocer fácilmente a Kasbeck, porque todos le llamaban por tal nombre.

Kasbeck era una cosa enorme cabalgando una mula de arreos magníficos. Iba envuelto por completo en los más extraños velos blancos. Y aparecía verdaderamente como un gran señor musulmán en lo de radicar toda su

elegancia en la blancura y finura de los tejidos con que hermozeaba su monstruoso capuchón. Desgraciadamente para él, era eunuco, lo cual le quitaba gran parte de prestancia señorial, si bien aumentaba sus disposiciones para el comercio. Además, cuando un eunuco como Kasbeck podía ufanarse de haber sido el primer eunuco del último sultán, encuentra muchos consuelos a su fortuna incompleta.

Rouletabille no tuvo tiempo más que de percibir su masa de blancura insultante, su cabeza con turbante a la manera de los viejos turcos, su grueso perfil, su mentón pesado, su boca fina y sus ojos pequeños, pero muy espirituales.

Todo aquello saltaba al trote de la mula, espantada por la música. Y todo aquello desapareció con Stefo el Dálmata, los jinetes, los lanceros, el jefe de los bufones y los albaneses, bajo la bóveda románica, sobre el sonoro pavimento que había delante del patio del *selamlík*...

Rouletabille pensaba: «Si verdaderamente ha venido a comprar a Ivana, ¡qué cara pondrá cuando se entere del casamiento!... Pero ¿hay que dar crédito a los cuentos de Atanasio? Convendría aclararlo... ¡Hombre! ¿Qué estará haciendo el búlgaro?»

El repórter casi suponía ya que realmente le había ocurrido una desgracia, que había sido víctima de un accidente, que había caído desde un tejado o una muralla...

Comoquiera que Vladimir seguía a la multitud hacia el *selamlík*, Rouletabille le detuvo:

—Por ahí, no—dijo el repórter—. Conocemos esos lugares, y los instantes son preciosos para nosotros.

Y lo llevó hacia otra bóveda, hacia una parte del cas-

tallo que aún desconocían y que estaba más cercana a los edificios del harén, los cuales eran dominados por la cuarta torre del Oeste, cuya atalaya servía a Rouletabille de punto de mira.

El gran patio en que desembocaron saliendo por el fondo del deslunado, les asombró por su aspecto: parecía una villa.

Decididamente, el Castillo Negro era un mundo que se bastaba a sí mismo y capaz de alimentar a un pueblo. El patio estaba completamente rodeado de casitas campesinas, cómodas, ricas y abrigadas. Los utensilios de cobre que tenían, brillaban de tan limpios. Inmensos establos servían al ganado como retiro de invierno; había bueyes, por cierto muy pequeños y flacos; magníficos corderos de ancha cola, cabras de tan largo pelo que llegaba a tierra.

Rouletabille descubrió, detrás de la pocilga, una escalera de gastadas piedras que subía por la roca, permitiendo llegar a una muralla de almenas. Hizo una señal a los demás jóvenes para que se detuvieran, y trepó lentamente por aquella muralla que cerraba aquella parte del Castillo Negro y desde la cual se podía ver lo que hubiese detrás...

—¡Oh!—exclamó Rouletabille al llegar a lo alto, desde donde descubrió un gran cuadrilátero desierto—. No estamos en el barrio de los esclavos.

Y se aplastó tras las almenas.

—Sin embargo—continuó—, ése es el mercado de esclavos, si no ando muy equivocado. Visto uno, vistos todos. Es imposible olvidar ese aspecto triste, inquietante, desnudo, arruinado, sórdido.

Ya había visto en Marruecos y el Asia Menor esas plazas especiales dedicadas a la venta de carne humana.

Y en la que tenía a la vista reconocía la disposición uniforme de esos raros y lúgubres parajes.

Semejante disposición consistía en una serie de pilares que generalmente sostienen la bóveda de una galería cuadrangular, a la sombra de la cual se acurruca y hormiguea la humana mercancía. Pero cuando no hay galería, también existen los pilares, cuadrados y rechonchos, contruidos de sólida mampostería. Y alrededor de ellos eran agrupados antaño los racimos de esclavos a fuerza de latigazos. Hoy, que la venta se hace con loable discreción y generalmente fuera del mercado, incluso en las partes más atrasadas del mundo musulmán, esos pilares no son, por lo común, considerados y visitados más que como objetos históricos.

Sin embargo, en la *Karakulé* subsistía aún el mercado de esclavos, ya que Rouletabille, desde su observatorio, no tardó en ver aparecer, por la derecha y por la izquierda, un doble rebaño humano que salía de los arcos románicos, oscuros y bajos, practicados en los muros, y cuyas rejas acababan de ser abiertas por criados.

Al mismo tiempo llegaban, con algunos oficiales, el señor Gaulow en persona y el eunuco Kasbeck. Gaulow iba todo de negro, como la vispera. A un lado, le colgaba un espadón, en cuyo pomo se apoyaba de vez en cuando como representan a los verdugos en las viejas estampas. Kasbeck iba completamente de blanco, como ya hemos visto. Sólo había tenido tiempo para bajar de la mula. Parecía muy irritado y como no queriendo hacer caso a nada de lo que le decía el dueño del Castillo Negro.

Para que discutiesen así en público, y para que un eunuco de la educación de Kasbeck transparentase tan ostensiblemente su mal humor, era preciso que la causa de su discusión fuera muy importante.

Rouletabille hubiera querido tener unos oídos especiales para oírles. Y su buena suerte le favoreció. Kasbeck y Gaulow, sin duda para que no se enterasen quienes les rodeaban, disputaban en francés. Y algunos fragmentos de su animada conversación llegaron hasta las almenas, tras las cuales se ocultaba el repórter. Por los gestos y por las palabras que pudo discernir cuando los dos interlocutores, en su febril ir y venir, pasaban al alcance de su oído, creyó comprender que el eunuco se negaba a entrar en pormenores de un negocio que no le convenía.

En vano quería Gaulow atraer la atención de Kasbeck hacia las galerías en que los servidores acababan de hacer alinear un lote de bellas esclavas que se presentaban con la cara descubierta, enseñando sus blanquísimos dientes al sonreír, y con la mirada brillante. Iban en su mayoría bien vestidas, con damascos y muselinas de Brusse dispuestos coquetamente.

Claro está que no todas servían para odaliscas, porque para ello son precisos muchos requisitos y cualidades que no se adquieren sin una gran voluntad y un prolongado trabajo. Pero la mayoría eran aptas para figurar como esclavas en casas importantes y llegar a ser *kjajakadinas* (primera dama de compañía) y hasta, las que sabían contar, *haznadarustas* (tesorera). Ese era su sueño, el que les habían hecho entrever a ellas y a sus padres antes de comprarlas en Circasia, en el Kurdistán o en las llanuras de Anatolia, porque las escasísimas robadas procedían casi todas de la Alta Armenia.

La voluntaria adaptación a la esclavitud y el porvenir prometido, ponía casi alegres todos aquellos rostros. Rouletabille, que había visto tristes hordas apiñadas en los mercados del Atlas, en Mauritania, no recibía aquí

la impresión de angustia, de rebeldía y de lástima que antaño recibiera ante el espectáculo de la subasta humana.

Mientras tanto, Kasbeck, cada vez más tozudo, continuaba no queriendo hacerse cargo de nada.

—¡Tengo todo lo que necesitáis!—decía Gaulow con una paciencia sorprendente e intentando reducir a su huésped por la suavidad—. Además, me he compuesto las cosas de manera que no haya ningún retraso en la entrega...

—Bueno, bueno. ¡Dejadme en paz!—gruñía Kasbeck enjugando su cara coloradota, que chorreaba sudor.

—Dos muchachas de Monkara...

—Ni de Monkara ni de ninguna parte.

—Aún no tienen nueve años, y ya danzan como *almeas*...

—¿Qué me importan las *almeas*?

—Tengo una muchacha de Samaria...

—¡No quiero! ¡Guardaos vuestra mercancía, Kara-Selim! Guardáosla toda...

—Hacéis mal... Pensaba concederos una gran rebaja...

—En cambio yo, por la que bien sabéis, os hubiera dado más de cinco mil libras turcas (más de cien mil francos), además del precio convenido.

Rouletabille no había necesitado oír esta última frase para comprender que toda la cólera del eunuco provenía de que Gaulow le negaba la única esclava que él quería por encima de todo. El dueño del Castillo Negro, seguramente había enterado a Kasbeck de que aquella a la cual venía a buscar para substituir a la joven Irene, echada en un saco de cuero al fondo del Bósforo, no estaba en venta; de que Ivana, con la cual el eunuco habría creído poder contar para el harén del ex sultán, iba a ser

la esposa de Gaulow, su primera *kadina* favorita, y de que tan inesperada boda se celebraría aquel mismo día. Por eso era tan extremado el furor del eunuco.

—¡No lo comprendo!—acabó por decir a Gaulow—. ¡No comprendo que se hagan semejantes tonterías por las mujeres!

Gaulow, sin poder disimular una sonrisa, repuso:

—Ya suponía yo, querido Kasbeck, que no os alegraríais y que, además, me diríais cosas desagradables... Pero, ¡qué diablo!, ya acabaréis por haceros cargo... Oíd... Os he reservado dos que son un encanto...

Hablando así, hizo una señal para que se destacaran, poniéndose en primera fila, delante de un pilar, dos mujeres completamente envueltas en sus *feradje*, y cuyo rostro hacía invisible el *yasmak*.

—Son princesas... ¿Oís?... Verdaderas princesitas, hijas de un *agha* en desgracia, cuya caravana hemos sorprendido en los alrededores del Sur... ¿Qué os parecen?

Kara-Selim con un gesto hizo que oficiales y servidores se alejaran al fondo del patio. No quedó cerca de ellos más que uno de los eunucos de servicio, el cual levantó el *yasmak* de las princesitas. Rouletabille distinguió dos adorables rostros de tez pálida con grandes y tristes ojos negros. Y se dejaban mirar como cosas muertas, sin un movimiento de esquivéz o de indignación.

—¿Y los dientes?... ¿Queréis ver los dientes?

Gaulow les hizo abrir la boca.

—¡No tienen más de catorce años!

Pero Kasbeck se encogió de hombros y, para demostrar que estaba harto de aquella comedia, escupió al suelo.

Gaulow palideció.

La injuria era acerba. Otro que no fuera Kasbeck, la

hubiese pagado al momento. Pero Kara-Selim tenía, a no dudar, poderosas razones para contenerse, porque se volvió a otro lado como si nada hubiese visto.

—Entonces ¿no me compráis nada, Kasbeck?

No esperó la respuesta para ordenar la marcha de las esclavas, que, con docilidad, emprendieron el oscuro camino de las rejas.

Aún no habían mirado a los hombres que estaban apolotonados en el ángulo opuesto del patio, apenas visibles bajo la galería. No eran numerosos, pero los ejemplares que Rouletabille pudo distinguir eran soberbios: negros de Etiopía, algunos abisinios, bellos mulatos.

—¡Querido Kasbeck!—insinuó de nuevo Kara-Selim—. Tengo un eunuco nubio, asombroso, rarísimo, que vendría muy bien para la puerta de un harén de Galata. Es corpulento, tiene enormes bigotazos, haría honor a su amo con ropa escarlata y dorada y pistolas al cinto... ¡Palabra!

—¡Nada, nada!

Los esclavos desaparecieron en silencio, como habían desaparecido las esclavas. Los oficiales de Kara-Selim y los criados también abandonaron el patio. En el gran cuadrilátero siniestro no quedó más que Gaulow, al cual se le acababa la paciencia, como se veía por el fruncimiento del ceño y por el brillo cruel de su mirar cuando Kasbeck le volvía la espalda.

—¡No soy yo quien no se pone en razón!—dijo Kasbeck, agarrando a Gaulow del brazo y llevándose al fondo del patio—. Sois vos...

Y añadió:

—¿Podemos hablar tranquilamente aquí?

—Si—contestó Kara-Selim—; más tranquilos que en mi *selamlik*, donde siempre hay, tras las puertas, oídos

en acecho. Pero hablad pronto, pues, como os he dicho, voy a casarme y sólo se me espera a mí para que comience la fiesta.

—¿Te casas con Ivana, Kara-Selim?... ¡Haces mal! El está loco por Ivana... Siempre anda con la fotografía de ella que me mandaste, la que robaste hace cinco años... ¡Es portentoso el parecido que ese retrato de Ivana tiene con Irene! Parecen hermanas mellizas. ¡Ya sabes cuánto quería a Irene!

—¿Por qué la ha muerto?

—Le engañaba con Mahmed bey... ¡Doble crimen, por ser adulterio y por cometerse con un joven turco que conspiraba contra Abdul Hamid! El saco de cuero estaba indicadísimo... Pero ¡cuánto lo ha sentido después! ¡Cuánto ha llorado a su Irene! Ninguna otra ha conseguido hacérsela olvidar... ¡Claro! La cogieron para él siendo pequeñita; la educaron para él... De esto se ocupó cuidadosamente la sultana Valideh, que por cierto hizo una obra maestra...

—Pues te puedes consolar, Kasbeck. Abdul Hamid no hubiera encontrado en Ivana nada de Irene. ¡Ivana es una parisiense! Y las parisienses le hacen poca gracia.

—¡Pero es hermana de Irene!... ¡Y se le parece físicamente! Eso le hace pasar por encima de todo... ¡La es-pera!...

—Pues dile que el golpe ha fracasado.

—No querrá ni verme... Si he conservado influencia sobre él, ha sido únicamente asegurándole que algún día podría presentarle otra Irene.

—Habláis como un niño, estimado Kasbeck—replicó el otro, volviendo al tono ceremonioso—. No sois vos quien necesita de Abdul Hamid. Es Abdul Hamid, que tan triste situación atraviesa, quien necesita de vos, de mí,

de todos cuantos no han perdido la esperanza de volverle a colocar en el trono.

—A propósito de eso—dijo Kasbeck—, he visto a Tysal y Sabah bajá, a Djavid y Kiassim...

—¿Y qué? ¿Y qué?—interrogó Gaulow con gran precipitación, que podía explicarse tanto por el interés que tenía en la entrevista de Kasbeck con aquellos individuos, como por el deseo de mudar la conversación.

—La cosa marcha excelentemente, ¡vive Alah! La conspiración aumenta. Todos, cansados ya del Comité Unión y Progreso, se declaran dispuestos a trabajar para ellos, es decir, para Abdul Hamid, si éste se presta un poco...

—Hace un año que me decís lo mismo, Kasbeck.

—No esperan más que una ocasión y lo que vos sabéis perfectamente: dinero, mucho dinero... ¡No tienen!... Han gastado ya su fortuna por la causa... Y para tener la seguridad del triunfo se necesitan millones, porque no se trata únicamente de asesinar al Gobierno, cosa que sería muy sencilla, sino de que «el suceso» coincida con un levantamiento de toda el Asia Menor. Semejante levantamiento, apreciado Kara Selim, no puede producirse más que con la complicidad de las autoridades... Y las autoridades son caras.

Kasbeck se interrumpió para mirar disimuladamente a Kara Selim y lanzar un suspiro. Luego dijo:

—¡Ay, si tuviésemos los millones de la *cámara del tesoro!*

—¡Hablemos, si os place, de la *cámara del tesoro!*—respondió Kara Selim apoyándose negligentemente en el pomo de su mandoble—. ¡No ha existido nunca!...

—¿Hace mucho tiempo, Kara Selim, que estáis convencido de ello?—preguntó Kasbeck mirando fijamente a Gaulow, que ni tan sólo pestañeó.

—Desde mi último viaje a Constantinopla. Las indicaciones que me disteis no significaban nada, absolutamente nada. Vi a Cancudé Hamun, la cual ni tan siquiera sabía lo que yo quería decir al citar el pasillo de Durdané, pues nunca oyó hablar de tal pasillo mientras estuvo en el harén. Nadie pronunció ese nombre ante ella. Es más, no comprende que ese pasillo pudiera llevar a una escalera que bajase a la cámara del tesoro.

—Cancudé Hamun es prudente—observó Kasbeck—. Siempre ha pasado por tener grandes dotes de diplomacia. Supongamos, pues, que no quiso comprometerse.

—¡Me juró que hablaba sinceramente! ¿Y sabéis lo que añadió?... Que de haber existido semejante pasillo, el gran eunuco estaría enterado de algo.

—El amo siempre tiene algún secreto hasta para el gran eunuco—repuso moviendo negativamente la cabeza—. Pero si Cancudé Hamun ignora lo referente al pasillo, al menos habrá oído hablar de la cámara del tesoro, ¿no?

—¡Naturalmente! Como todos los del harén...—concedió Gaulow—; pero se inclina a creer que es una leyenda.

—¿Habláis en serio?

—Muy en serio. No se ha recitado para decirme que no creía en una fábula inventada en las fastidiosas horas del harén. Todas las cabecitas de aquellas mujeres daban vueltas y más vueltas al tema del cuarto misterioso en que Abdul-Hamid encerraba, amontonaba desde años antes sumas incalculables en alhajas de todo género... ¡Un cuento de *Las mil y una noches*, estimado Kasbeck!

—¡No hay que olvidar, apreciado Kara Selim, que estamos precisamente en el país de esos cuentos! Y Abdul-Hamid habrá sido el último sultán que los habrá hecho

posibles, o al menos habrá realizado algunos... Esa cámara del tesoro decía muy bien con su carácter... ¿Por qué no había de tener una cámara para ocultar su tesoro cuando poseía tantas para esconder su persona? Recordad la estupefacción de los advenedizos al descubrir, en los primeros días de la revolución triunfante, esa complicación arquitectónica que hacía de Yildiz-Kiosk una verdadera caja de sorpresas, con las habitaciones de que se podía salir sin ser visto de ningún criado, y en las que se podía entrar cuando creían a uno en otra parte... Recordad los extraordinarios maniqués encontrados en una bodega del Djihan-Numa-Kiosk, en el fondo del jardín interior, que se parecían muchísimo a Abdul-Hamid, y que Abdul-Hamid dejaba por la noche tras la ventana de tal o cual habitación, donde creían que trabajaba, cuando en realidad estaba descansando en otra parte... ¿Y luego de eso os parece una puerilidad la existencia de la cámara del tesoro? ¡Ya sabéis cuán avaro era Abdul-Hamid! Lo extraordinario en él sería no poseer una cámara de esa naturaleza. Fijaos...

—¡Si la han buscado por todas partes!—replicó el otro—. Los hombres del nuevo régimen y los dos Gobiernos sucesivos han revuelto todo Yildiz-Kiosk para echar mano a los tesoros de Abdul-Hamid, ¡y no han encontrado nada! Abdul-Hamid no estaba tonto. Y como además conocía el valor del dinero, por ser avaro, no hubiera dejado dormir su capital en el fondo de un subterráneo. Lo prueba el hecho de que tuviera cuentas corrientes y depósitos en todas partes: en las bancas de París, de Berlín, de Londres... Finalmente, si existiera esa cámara con tan fabulosa riqueza, Abdul-Hamid, cuya sola esperanza de subir al trono radica en esas riquezas, ya os hubiera dado el medio seguro de encontrarlas.

—¡Ya sabéis que no tiene confianza en nadie! Teme que le roben. ¡Y es natural!... Por otra parte, a veces se le ve dispuesto a obrar. Pero tan pronto parece dispuesto a hacer declaraciones, como a morderse la lengua. La última vez se le escapó hablar del pasillo de Durdané y asegurarme formalmente que la cámara del tesoro se encuentra debajo de él.

—Bien. Pero el pasillo no existe ni ha existido nunca.

—¿Qué sabéis vos?

—¿Y vos? ¿Os ha dicho que Cancudé Hamun lo conocía? ¡Pues os ha engañado, os ha tomado el pelo!... Durante toda su vida no ha hecho más que mentir.

—A pesar de ello, Kara Selim, siempre habéis sido partidario suyo.

—¡Sí, siempre!... El ha sido quien ha creado mi fortuna, quien me ha hecho bajá, quien me ha hecho valí, quien me ha hecho dueño del Estrandja-Dagh... En cambio, con el nuevo Gobierno no puedo hacerme ilusiones. El Comité Unión y Progreso, y por otra parte la gente de Mahomed Chevkat bajá, me dejan tranquilo porque bastante tienen que hacer con pelearse entre ellos; pero nunca podré entenderme con los Jóvenes Turcos ni con el partido militar. ¡Podéis tener la seguridad de que estoy con vosotros, Kasbeck! Y llegará día en que Abdul-Hamid, con ayuda o sin ayuda de las riquezas de su cámara del tesoro, volverá a su trono... Aun lucirán espléndidas jornadas para Mazemin-Kiosk, el Adjem-Kiosk y el museo de los animales. ¡Alah es grande!

—Si la guerra estalla y los turcos, como es de suponer, son vencidos—dijo gravemente Kasbeck—, no se hará esperar nada la victoria de Abdul-Hamid.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Gaulow levantándose del banco de piedra en que estaba sentado—. ¡Soy más pa-

triotra que vos! La victoria de Abdul-Hamid a tal precio no me seduce... ¡No, no!... Odio mucho a ese pueblo...

Y Gaulow señalaba con el dedo la cumbre de los montes que le separaban de Bulgaria. Y su rostro, tan bello cuando estaba en calma o animado por sentimientos de amor, se puso instantáneamente repugnante a fuerza de ser feroz. Miraba hacia el Norte con terrible rencor, frunciendo el ceño, sacando los labios, desencajando la mandíbula.

—¡Que vengan, que vengan mis hermanos los búlgaros!—murmuró con un rictus siniestro.

—¿Creéis que van a venir? ¿Creéis que están preparados?—preguntó Kasbeck.

—Van a venir. *Pero no están preparados...*—contestó con sarcasmo.

Y añadió, mirando de extraña manera al eunuco:

—Podéis creerme, Kasbeck... *Vengo de allá... Estoy muy enterado...* Pero oigo ya el jubiloso canto de las trompetas... Comienza el banquete... Y hoy me debo a los amigos, entre los cuales, Kasbeck, os cuento... ¡Sí, sí! Creo que sois mi mejor amigo... ¿Vamos al *selamlik*? Nos esperan...

—Permitidme unas palabras, Kara Selim—dijo el eunuco—. Quisiera que me contestarais con franqueza respecto a una cosa que me preocupa... ¿Es de veras, completamente de veras, que no creéis en la *cámara del tesoro*?

—¡No creo, no!

—¿No creéis que rebuscando entre el *haremlik*, la biblioteca y el Bósforo...?

—¿Hasta el Bósforo? Es mucho decir eso...

—Ya sabéis que se supone que la *cámara del tesoro* comunica con el Bósforo, por lo cual le era fácil a Abdul-

Hamid sumergir sus riquezas en un momento dado. ¡Eso lo contaban en mis tiempos de Yildiz-Kiosk!... Y estoy convencido de que si se investigara por las ruinas de Cheragán...

—¡Qué locura, Kasbeck! ¿Sabéis lo que decís?

—¡Oídme, Kara Selim!—dijo Kasbeck poniéndole una mano en el hombro—. Sé que alguna vez habéis rebuscado por las ruinas de Cheragán...

—¿Yo?

—Vos.

—¿Cuándo?

—La última vez que fuisteis a Constantinopla.

—Fuí a las Escalas, querido Kasbeck, para tomar mi *caik*, que me esperaba con objeto de llevarme a las Aguas Dulces de Asia... ¡Nada más!... Vamos al *selamlik*... ¡Vamos!...

Y consiguió llevárselo, aunque el obstinado eunuco se esforzaba en querer sacarle otros detalles acerca del último viaje a Constantinopla.

Cuando se marcharon, Rouletabille, que estaba más de veinte minutos sin moverse, comenzó por desentumarse las piernas, y luego suspiró. ¡Se le habían dormido los pies y tenía llamas en el cerebro!... Pero no lamentaba su anquilosamiento, no... Lo que había oído tras la almena bien valía aquella molestia... ¿Abdul-Hamid enamorado de Ivana?... ¿La conspiración?... ¿El asesinato del gobierno?... ¿La cámara del tesoro?... ¿Yildiz-Kiosk?... ¡Oh!... ¡En la libreta había ahora más páginas comprendidas por él!...

El gran número de notas misteriosas, que no podían ser más que memorialines para quien las hubiese trazado y letra muerta para cualquier indiscreto que husmease aquellas valiosísimas páginas, adquirirían ahora un senti-

do determinado gracias a la conversación de los dos compinches.

Aquellos nombres propios... aquellas direcciones... aquellas iniciales... eran la lista de conspiradores!... Y aquellas cifras... aquellos planos... aquellos cuadrados, rombos y paralelepípedos, que se sucedían en las diversas páginas con una interrogación o con una admiración... ¿se referían a las investigaciones de Gaulow en torno de *la cámara del tesoro!*... ¿Y aseguraba que no creía en ella? ¡Vaya desfachatez!...

La libreta, pues, era inapreciable.

Y Rouletabille se congratulaba de haber guardado el secreto de su hallazgo en el parque del general Vilichkov... Varias veces había estado a punto de comunicarlo al general Stanislawof y hasta a Atanasio, de entregarlo a ellos, figurándose que descubrirían al punto cosas que su ignorancia de Oriente y de las lenguas orientales no le permitía comprender inmediatamente...

Pero siempre se había aguardado a última hora. Tenía el presentimiento de que aquella libreta, caída de semejante bolsillo (el de Gaulow), podría ser algún día muy útil a quien la descifrara. Y para él sería, principalmente, un arma, si todo el mundo continuaba ignorando que la poseía...

Ya podía considerarse recompensado, porque no era posible que los secretos de la libreta no le ayudasen en la formidable aventura emprendida con Ivana, con aquella mujer que se disputaban Abdul-Hamid, que esperaba ser su amo; Gaulow, que se consideraba ya su esposo; Atanasio, que pretendía ser su prometido, y él, Rouletabille, que tenía la seguridad de ser el único amado, y que, por lo tanto, no estaba lejos, sobre todo desde cinco minutos antes, de creerse el más fuerte.

Luego de un postrer vistazo a aquella parte del Castillo Negro y a las murallas de la parte del *haremlik*, se decidió por fin a bajar a la corraliza, donde había dejado a La Candeur y Vladimir. Y no encontró a los reporters en aquel patio. Sin embargo, no se entretuvo buscándolos.

Tomó a toda prisa el camino del torreón, pasando entre la multitud de guardias que alborotaban en el desludado. Pero comprobó que en el hotel de los Extranjeros reinaba una gran calma, y nadie pensaba turbar la paz de los viajeros.

En la sala de guardia, Modesto roncaba y Tondor co-sía galones plateados a su traje, como los había visto en el del mayordomo de la *Karakulé*. Llegado Rouletabille a las habitaciones del primer piso, cayó sobre Vladimir y La Candeur, que, al verle, se pusieron una vez más a «estudiar el teatro de las operaciones y a mirar la hora que marcaba el reloj».

Muchas cosas solicitaban la actividad del repórter para que se dignase asombrar otra vez de una actitud que ya le había intrigado. Y dió orden a los dos jóvenes para que fuesen a buscar en seguida a Priski. Al mismo tiempo ordenó a Modesto—a quien había despertado al paso de un fuerte puntapié en la parte más carnosa de su persona, pues Modesto dormía de bruces—que preparase un excelente almuerzo para el mayordomo del bajá negro.

Priski fué subido, desatado, reanimado con friegas, calentado, agasajado y hasta mimado. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué otra cosa tiene que preguntarme?—dijo con cierta desconfianza porque la práctica le había escarmentado.

Rouletabille, luego de hacerle sentar a la mesa, que Modesto había provisto con las conservas más apetitosas, le dijo:

—Le suplico, Priski, que me conceda el honor de aceptar esta comida. Y mientras se alimenta, como quiera que el tiempo es oro, tendrá la bondad de fijarse en los rayas que con este carbón voy a trazar sobre esta blanca pared.

Y Rouletabille dibujó en el muro el plano de la *Karakulé*, con sus patios, edificios, murallas y diversos recintos.

—Es eso, poco más o menos, ¿verdad?—preguntó a Priski cuando acabó el trazado.

—Es eso exactamente—masculló Priski con la boca llena.

—¿No distingué ningún pequeño error?

—¡No, no!

—El *haremlik* y el *selamlík* ¿están bien colocados uno respecto al otro?

—¡Ya lo creol

—Bueno. Pues ahora, Priski, me señalará con el carbón el lugar exacto que ocupaba en el harén el aposento de la ex primera kadina, arreglado estos días completamente para que pueda ser estrenado esta noche por Ivana Hanum.

Priski se levantó, cogió el carbón de mano de Rouletabille e hizo una cruz en un punto extremo del plano. Luego volvió a sentarse, no sin haber devuelto al repórter su «lápiz».

—¡Gracias!—dijo Rouletabille—. Le creo con bastante inteligencia, Priski, para que yo haya de poner en duda ni un momento su buena fe.

Priski levantó los ojos al cielo para ponerle por testi-

go de sus excelentes intenciones para un extranjero que le proporcionaba tan sabroso almuerzo en circunstancias tan desagradables.

Cinco minutos más tarde Priski era devuelto al fondo de su agujero, y Modesto nuevamente encargado de su custodia.